

HISTORIA Y REVOLUCIÓN

El primer ministro de España, Juan Manuel de los Ríos, en un momento de la recepción en el Palacio de la Moncloa, el 19 de octubre de 1898, tras la firma del Tratado de París, que puso fin a la guerra hispanoamericana.

El 24 de febrero de 1895 estalló la guerra. Extraordinario fue el heroísmo del pueblo cubano, pues, a diferencia de la anterior, se extendió a todo lo largo y ancho de la Isla tras la victoriosa invasión de Oriente a Occidente, hazña protagonizada por un contingente bajo el mando de los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. Durante varios años el Ejército Libertador, en condiciones extremadamente duras y difíciles, combatió con éxito contra más de 300.000 soldados al servicio de España.

Finalizando el siglo XV, Cuba estaba habitada por comunidades con diferentes niveles de desarrollo, propios de las comunidades primitivas. Por ello, la llegada de los conquistadores españoles a la Isla en 1492 significó el encuentro entre grupos humanos con diferentes estadios socioeconómicos y con culturas marcadamente desiguales, lo que motivó la destrucción violenta de los menos desarrollados.

En 1510 se inició la conquista y colonización, que significó el exterminio de la población aborigen, la cual, en las primeras cuatro décadas del siglo XVI, fue sometida a un inhumano régimen de explotación a través de las encomiendas, al ser empleada en la economía de subsistencia como única fuerza laboral, así como en la extracción del oro en los lavaderos. Los conquistadores tuvieron que enfrentar la tenaz resistencia de los indocubanos, quienes, en muchos casos, empuñaron sus rústicas armas y prefirieron morir antes que ser sometidos.

Agotado el escaso mineral en Cuba y descubiertas las grandes civilizaciones del continente, la Isla se fue despoblando. Las tierras y la fuerza de trabajo fue repartida entre los colonos que fueron quedando, por lo que cambió la tendencia de la economía hacia la explotación agropecuaria en los hatos y corrales. Las labores agropecuarias se transformaron en la principal actividad de la Isla, en la que primaba una economía de subsistencia. En la segunda mitad del siglo XVI se reforzó el auge de la ganadería y en algunos lugares alcanzó cierto auge el comercio. El puerto de La Habana se fue convirtiendo en obligado punto de enlace entre España y América.

Durante los siglos XVI y XVII la economía de la Isla se caracterizó por un lento ascenso, y el cambio de la cría de ganado a la producción y manufactura de azúcar y tabaco para el comercio, aspecto que condicionó la introducción paulatina de mano de obra esclava procedente de África. El reforzamiento del monopolio comercial por parte de la Corona española y la proliferación del latifundismo en manos de los hateros ocasionaron gran descontento entre los habitantes de la Isla; la más importante manifestación de estas contradicciones fue la Sublevación de los Vegueros, a principios del siglo XVIII.

Hacia mediados de esa centuria, importantes acontecimientos internacionales influyeron en el desarrollo económico, político y social de Cuba y generaron cambios sustanciales en ella. La lucha entre las potencias coloniales europeas tuvo su mayor repercusión americana en la toma de La Habana por los ingleses, hecho que favoreció la actividad económica y comercial de la colonia con la entrada al puerto de alrededor de mil barcos, el establecimiento de un amplio comercio con las trece colonias de Norteamérica y la introducción de más de diez mil esclavos africanos que posibilitaron el incremento de la producción azucarera.

El Despotismo Ilustrado, política liberal-burguesa entronizada en España, provocó en Cuba la supresión de los monopolios comerciales, la disminución de los impuestos para los productores, el establecimiento y fundación de nuevos establecimientos educacionales y culturales y el fomento de la agricultura y la urbanística. A ello se sumaron la influencia de la Revolución Industrial Inglesa, con la introducción de nuevas tecnologías, la apertura comercial que posibilitó la Revolución de Haití y la independencia de las trece colonias de Norteamérica.

La penetración de las ideas y experiencias de la Revolución Francesa y las luchas por la independencia de las colonias de Hispanoamérica enriquecieron el pensamiento de notables pedagogos, científicos y literatos, entre los que se destacó el sacerdote, maestro, filósofo y escritor Félix Varela Morales, precursor del independentismo en Cuba.

Ya avanzado el siglo XIX había madurado el proceso de formación de la nacionalidad cubana. Una influyente clase de terratenientes esclavistas con proyecciones burguesas trataba de resolver sus contradicciones con la metrópoli mediante fórmulas reformistas. Pero en la década de los sesenta se vio obligada a cambiar de actitud debido a importantes factores objetivos, tales como el fracaso de todas las propuestas presentadas a España, el desbalance entre la cuantía de los impuestos con relación a los peninsulares, la conversión paulatina de Estados Unidos en el principal mercado de los productos cubanos, la ruina de gran parte de los productores, sobre todo en la región oriental como consecuencia de las medidas adoptadas por el Gobierno colonial como paliativo a la crisis capitalista de 1867, y el gran freno que en el ámbito de la economía resultaba la persistencia del régimen de plantación esclavista. Tal situación se agravaba con una férrea opresión política por parte de los capitanes generales y sus funcionarios, amparados en las facultades omnímodas de que gozaban en el ejercicio de sus cargos.

Si en estas condiciones la situación de los terratenientes cubanos era sumamente crítica, lo era aún más para los campesinos, artesanos y obreros, en especial la gran masa de esclavos, los cuales protagonizaban constantes rebeliones en toda la Isla. Bajo la guía de los representantes más lúcidos de los terratenientes cubanos, cuyas figuras descoltantes fueron Carlos Manuel de Céspedes del Castillo e Ignacio Agramonte Loynaz, el 10 de octubre de 1868 estalló la primera guerra de liberación, acontecimiento que dio inicio a la Revolución Cubana. Dicho conflicto, comprendido dentro de un proceso revolucionario de carácter nacional, anticolonial y antiesclavista, fue acentuando progresivamente su contenido democrático al surgir de entre las masas populares —fuerza motriz de su desarrollo— hombres que permitieron mantener una lucha desigual y heroica durante más de diez años. Fueron precisamente ellos, representados por el mayor general Antonio Maceo Grajales, durante la histórica Protesta de Baraguá, quienes, como un ejemplo cimero de inttransigencia revolucionaria, se opusieron en forma mayoritaria a una paz sin independencia y sin abolición de la esclavitud, asumiendo así la vanguardia político-militar del movimiento revolucionario cubano.

En esta contienda se puso de manifiesto la solidaridad de los pueblos de todo el mundo, pues participaron en ella numerosos combatientes de diferentes países, entre ellos el más experimentado de los jefes militares que lucharon contra el colonialismo español: el mayor general Máximo Gómez Báez, de origen dominicano.

La Guerra de los Diez Años no solucionó los objetivos fundamentales perseguidos por la Revolución, pero su desarrollo aceleró y condicionó la formación de la nacionalidad, inició la forja de nuestras tradiciones de lucha como experiencia para futuras contiendas y resultó factor determinante en la abolición de la esclavitud en Cuba, ocurrida en 1886.

Durante los años comprendidos desde 1879 a 1895 muchos revolucionarios trataron de reiniciar la lucha armada como único vehículo liberador, pero los diferentes intentos no fructificaron debido, fundamentalmente, a una deficiente preparación. El más importante fue el de la Guerra Chiquita (1879-80). Desde el punto de vista de los cambios, en la composición de clases de la sociedad cubana, el aumento cuantitativo y cualitativo de los obreros, campesinos y las capas medias condicionó la ampliación de la base social del movimiento de liberación nacional y con ello la radicalización de su carácter democrático-revolucionario.

Nuestro Héroe Nacional, José Martí Pérez, el más esclarecido representante del pensamiento político cubano democrático-revolucionario y radical, fue el guía, organizador e ideólogo de esta nueva etapa, y unió a todos los patriotas para el reinicio de la lucha por la liberación nacional. El acontecimiento más importante de su quehacer político lo constituyó la fundación, en 1892, del Partido Revolucionario Cubano, organizado para conquistar la independencia de Cuba y establecer una república democrática basada en profundas transformaciones económicas, políticas y sociales, así como para fomentar y auxiliar la liberación de Puerto Rico. Con su visión política, Martí precisó la amenaza que representaba el expansionismo del naciente imperialismo norteamericano para los pueblos del continente.

El 24 de febrero de 1895 estalló la guerra. Extraordinario fue el heroísmo del pueblo cubano, pues, a diferencia de la anterior, se extendió a todo lo largo y ancho de la Isla tras la victoriosa invasión de Oriente a Occidente, hazña protagonizada por un contingente bajo el mando de los mayores generales Máximo Gómez y Antonio Maceo. Durante varios años el Ejército Libertador, en condiciones extremadamente duras y difíciles, combatió con éxito contra más de 300.000 soldados al servicio de España.

El 20 de mayo de 1902 se concedió a Cuba una independencia formal que inició la historia de casi 57 años de república neocolonial, en la que Estados Unidos ejerció el control real de todas las esferas de la vida política, económica, social, cultural e ideológica. Aquella mal llamada república se caracterizó por el atraso económico, el monocoltivio, el desempleo crónico, el analfabetismo, la insalubridad, la proliferación del juego, la prostitución, la oligarquía y la sucesión de gobiernos antidemocráticos. Para mantener ese estado, la oligarquía dominante creó un poderoso aparato de represión y terror que contó siempre con el asesoramiento y recursos del imperialismo yanqui.

Mediante el Tratado de París, firmado el 10 de diciembre de 1898 sin la presencia de los cubanos, los imperialistas norteamericanos lograron que España renunciara a todo derecho de soberanía y propiedad sobre Cuba y le fueran entregadas las colonias de Puerto Rico, Guam y el Archipiélago de las Filipinas. Durante los casi cuatro años de ocupación militar norteamericana (1899-1902), los monopolios yanquis sentaron las bases para convertir la antigua colonia de España en neocolonia de Estados Unidos, aseguraron su derecho a intervenir en ella cada vez que lo estimaran conveniente y a usurpar porciones de su territorio, como ocurrió en Guantánamo, donde aún mantiene una base aeronaval en contra de la voluntad del pueblo cubano. El 20 de mayo de 1902 se concedió a Cuba una independencia formal que inició la historia de casi 57 años de república neocolonial, en la que Estados Unidos ejerció el control real de todas las esferas de la vida política, económica, social, cultural e ideológica. Aquella mal llamada república se caracterizó por el atraso económico, el monocoltivio, el desempleo crónico, el analfabetismo, la insalubridad, la proliferación del juego, la prostitución, la oligarquía y la sucesión de gobiernos antidemocráticos. Para mantener ese estado, la oligarquía dominante creó un poderoso aparato de represión y terror que contó siempre con el asesoramiento y recursos del imperialismo yanqui.

El pueblo reaccionó y luchó por cambiar la situación imperante y la clase obrera protagonizó numerosas y combativas huelgas. Tanto la Primera Guerra Mundial, que intensificó la penetración del imperialismo yanqui en Cuba y la explotación capitalista, como la crisis económica mundial, que azotó al país una vez concluida aquélla, incrementaron el descontento, las luchas y propició la organización de las masas trabajadoras. Notable influencia ejerció en el movimiento popular cubano el triunfo de la Gran Revolución Socialista de Octubre, en 1917. La clase obrera cubana desarrolló un ascendente proceso de combatividad y de unificación orgánica; los estudiantes e intelectuales progresistas asumieron posiciones democráticas y antimperialistas claramente expresadas en la Reforma Universitaria, la Protesta de los Trece y las proyecciones del Grupo Minorista; la creación de la Confederación Nacional Obrera de Cuba, primera central sindical, y la fundación por Julio Antonio Mella y Carlos Baliño del Primer Partido Comunista de Cuba, en 1925, marcaron momentos culminantes de este período.

Con el propósito de aplastar el movimiento popular revolucionario se instauró una sangrienta tiranía al servicio de los intereses del imperialismo y la oligarquía burguesa-latifundista interna; pero el terror y el crimen no detuvieron la acción de las masas y el régimen del tirano Gerardo Machado fue derrocado el 12 de agosto de 1933 por una huelga general revolucionaria en la que participaron significativamente el Directorio Estudiantil Universitario, el Ala Izquierda Estudiantil y, en especial, el Partido Comunista y la Confederación Nacional Obrera de Cuba, guiados ambos por Rubén Martínez Villena. El imperialismo y la reacción maniobraron para apuntalar en el poder a un nuevo gobierno títere, lo que fue frustrado por un movimiento político-militar de sargentos y soldados en el cual participaron, además, el Directorio Estudiantil y otros sectores revolucionarios. Tras él se instauró un efímero gobierno de composición heterogénea y carácter nacional-reformista, con ciertas proyecciones antimperialistas determinadas por su ala radical, encabezada por Antonio Guiteras Holmes; pero el mismo fue depuesto el 15 de enero de 1934 mediante un golpe de Estado dirigido por el entonces coronel Fulgencio Batista Zaldívar, instrumento de que se valió el imperialismo para lograr tal objetivo. La reacción recuperó el poder e inició una ola de terror cuyo momento culminante fue el aplastamiento de la huelga general de marzo de 1935, derrota que significó el cierre del ciclo revolucionario de los años treinta.

Los acontecimientos internacionales en vísperas de la Segunda Guerra Mundial y las grandes campañas de movilización del pueblo en solidaridad con la República Española y demás países víctimas de la agresión fascista favorecieron el desarrollo de grandes luchas populares que condujeron a la quiebra del régimen de terror implantado en el país. En 1940 fue aprobada una nueva constitución de la República, dotada de un articulado progresista y avanzado para su tiempo. Durante esos años se forjó la unidad orgánica de los sindicatos y se fundó la Confederación de Trabajadores de Cuba (CTC), la que, bajo la dirección del militante comunista Lázaro Peña González, desarrolló un fuerte movimiento obrero. Tales circunstancias posibilitaron el aumento de la influencia y membresía del partido marxista-leninista. En esta etapa el centro del movimiento popular y revolucionario a escala internacional pasó a ser la lucha contra el nazifascismo, a cuya derrota contribuyeron los trabajadores cubanos, en la medida de sus posibilidades y recursos, así como contra el militarismo japonés.

Terminada la conflagración mundial, el imperialismo norteamericano se convirtió en la fuerza reaccionaria principal y asumió el papel de gendarme mundial. Se inició la llamada *guerra fría* con sus manifestaciones de chantaje nuclear, pactos militares agresivos, furibundo anticomunismo, ofensiva contra el movimiento obrero y popular y golpes de Estado reaccionarios. Los gobiernos de los partidos triunfantes, que se autotitulaban «auténticos» (1944-1952), fueron dóciles servidores de los imperialistas. Desataron una ofensiva anticomunista contra las conquistas sociales de los trabajadores y las libertades democráticas e impusieron en la dirección de la CTC y los sindicatos a una pandilla de gangsters que asaltaron los locales sindicales y asesinaron a destacados líderes obreros y campesinos, como Jesús Menéndez, Aracelio Iglesias, Niceto Pérez y Sabino Pupo.

La prédica moralizadora y de adementamiento cívico del líder del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxo), Eduardo Chibás Rivas, aglutinó a su alrededor a las grandes masas populares. Como consecuencia de la progresiva concientización del pueblo y de su repulsa a los desmanes de los gobiernos títeres del neocolonialismo norteamericano, el Partido Ortodoxo, que preconizaba reformas justas para el pueblo y el fin de la inmoralidad administrativa, tenía asegurado el triunfo en las elecciones generales de junio de 1952. Pero el imperialismo y los sectores más reaccionarios de la oligarquía dominante no estaban dispuestos a permitir aquella victoria, y para impediría escogieron a Batista, quien, aprovechando la influencia que ejercía dentro de las fuerzas armadas, preparó y ejecutó un golpe militar reaccionario que, consumado el 10 de marzo de 1952, llevó a su más alto grado la frustración y el descontento del pueblo. El «cuartelazo» mermó aún más la independencia y soberanía de Cuba, agudizó al máximo todas las contradicciones económicas, políticas y sociales inherentes al régimen neocolonial y precipitó la gestación de una situación revolucionaria. Los partidos burgueses pusieron de manifiesto una vez más su incapacidad e ineptitud. El Partido Socialista Popular (PSP) denunció el carácter y los objetivos del golpe y propuso la creación de un frente único para movilizar al pueblo contra éste; pero no pudo lograrlo debido al furibundo anticomunismo inculcado deliberadamente por la propaganda imperialista y burguesa y al aislamiento de que era objeto dicho Partido.

Ante la situación imperante en el país y cerradas todas las vías de lucha pacífica, Fidel Castro Ruz, joven revolucionario inspirado en las ideas de Martí y en las concepciones revolucionarias de Marx, Engels y Lenin, llegó a la convicción de que para desencadenar la lucha armada era necesario vertebrar un movimiento ajeno a los politiqueros corrompidos y pro-imperialistas. Así, al frente de un grupo de jóvenes honestos y decididos, organizó un ataque simultáneo a dos cuarteles: «Moncada», en Santiago de Cuba, y «Carlos Manuel de Céspedes», en Bayamo, cuya ocupación permitiría armar al pueblo, tomar ambas ciudades, divulgar el programa revolucionario, convocar a los trabajadores a una huelga general y desatar una insurrección armada popular capaz de

El 1 de enero de 1959 se inició en Guisa la ofensiva estratégica final del Ejército Rebelde, que, tras liberar numerosos pueblos y ciudades, arribó a las puertas de Santiago de Cuba. Tales éxitos, unidos a la triunfal campaña de Las Villas, provocaron el definitivo colapso militar del régimen y la fuga del tirano, el 1.º de enero de 1959.

derribar a la tiranía batistiana. A pesar de que las heroicas acciones contra las guarniciones de Santiago de Cuba y Bayamo, efectuadas el 26 de julio de 1953, culminaron en un revés militar, desde el punto de vista político representaron un acontecimiento de extraordinaria importancia en el quehacer revolucionario, porque abrieron el camino hacia una nueva etapa de lucha. Durante el proceso judicial que se le siguiera por aquellos sucesos, Fidel Castro asumió su propia defensa y su alegato, conocido posteriormente como «La Historia me Absolverá», se erigió en programa del movimiento que encabezaba, convirtiendo aquel revés inicial en victoria político-estratégica, que indicó el camino a seguir, consolidó el movimiento revolucionario, esclareció los objetivos de lucha y lo señaló a él como líder indiscutible de la Revolución Cubana.

La rebeldía del pueblo contra el régimen batistiano, expresada en innumerables manifestaciones de repudio, dio paso a formas de lucha más organizadas. Una intensa campaña popular por la amnistía de los presos políticos logró la libertad para los moncadistas. Tras una breve estancia en Cuba, durante la cual organizó y fundó el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, Fidel se trasladó a México, donde emprendió los preparativos para el reinicio de la lucha armada, mientras la actividad clandestina se extendía a todo el país.

El movimiento obrero, enfrentado a la ofensiva de los elementos plegados al imperialismo, logró unitaria proyección en la realización de la huelga azucarera de 1955, en la que contó con el apoyo del movimiento estudiantil. El alumnado universitario, dirigido por José Antonio Echeverría Bianchi, creó el Directorio Revolucionario, que, integrado además por otras fuerzas sociales, protagonizó numerosos combates contra las fuerzas represivas del régimen.

La insurrección del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba y otras ciudades, bajo la dirección de Frank País García, y el desembarco de los expedicionarios del Granma, el 2 de diciembre de ese año, señalaron el reinicio de la lucha armada popular. Al revés inicial de Alegría de Pío sucedió un proceso de recuperación durante el cual el núcleo primario inicial del Ejército Rebelde fue aumentando paulatinamente en cantidad de combatientes y obtuvo sus primeros triunfos, entre los que destacan los de La Plata y Uvero.

El año 1957 fue de suma importancia porque, a pesar de la extraordinaria superioridad del ejército de la tiranía en fuerzas y medios y de la bárbara represión a que era sometida la población civil, los guerrilleros prosiguieron su victorioso batallar en la Sierra Maestra, consolidando cada vez más sus posiciones. Mientras, en las ciudades tenían lugar importantes acontecimientos, entre los que sobresalieron el asalto al Palacio Presidencial y la emisora Radio Reloj, el 13 de marzo, y el levantamiento armado de civiles y marineros en Cienfuegos, el 5 de septiembre, dirigidos por el Directorio Revolucionario y el Movimiento Revolucionario 26 de julio, respectivamente.

En 1958 las acciones de los rebeldes se extendieron fuera de la Sierra Maestra con la creación del Segundo Frente Oriental Frank País, bajo el mando del comandante Raúl Castro Ruz, en la zona montañosa del noreste de la provincia oriental, y del Tercer Frente Mario Muñoz, dirigido por el comandante Juan Almeida Bosque, en las cercanías de Santiago de Cuba. A principios de agosto el Ejército Rebelde obtuvo trascendental victoria al derrocar la ofensiva iniciada en mayo por el ejército de la tiranía, que concentró alrededor de diez mil efectivos contra trescientos combatientes en la Sierra Maestra. A partir de entonces los revolucionarios retuvieron la iniciativa; desde mediados de ese propio mes, de la Sierra Maestra partieron columnas destinadas a invadir el resto del territorio nacional, entre ellas las encabezadas por los comandantes Ernesto Guevara de la Serna (Che) y Camilo Cienfuegos Gorrrián, con la histórica misión de desplazarse, el primero, hacia Las Villas, y a Pinar del Río el segundo.

Personalmente dirigida por el Comandante en Jefe Fidel Castro, el 20 de noviembre de 1958 se inició en Guisa la ofensiva estratégica final del Ejército Rebelde, que, tras liberar numerosos pueblos y ciudades, arribó a las puertas de Santiago de Cuba. Tales éxitos, unidos a la triunfal campaña de Las Villas, provocaron el definitivo colapso militar del régimen y la fuga del tirano, el 1.º de enero de 1959.

Desesperados, la reacción y el imperialismo trataron de impedir la toma del poder por los revolucionarios y fraguaron un golpe de Estado, que resultó frustrado por una huelga general convocada por el Jefe de la Revolución y la ininterrumpida actividad combativa del Ejército Rebelde. La entrada del Comandante en Jefe a la ciudad de Santiago de Cuba en la madrugada del día 2 y su triunfal arribo a la capital del país seis días después consolidaron el triunfo popular y convirtieron a Cuba en faro y guía de los pueblos oprimidos. Aquella victoria significó el comienzo de una verdadera revolución social que puso fin a cuatro siglos y medio de dominio colonial y neocolonial. Por primera vez en la historia de Cuba el poder pasó a manos de una alianza de las masas populares: clase obrera y campesinado trabajador, ampliamente representados en el Ejército Rebelde y en su dirección revolucionaria, las que desempeñaron el papel principal. A partir de entonces comenzó una etapa democrático-popular, agraria y antimperialista caracterizada por la adopción de medidas beneficiosas para las clases trabajadoras y demás sectores populares.

Con el apoyo del pueblo, la Revolución Cubana liquidó las bases del Estado burgués, disolvió el viejo ejército y demás cuerpos represivos, aplicó la justicia a los esbirros, delatores y criminales de guerra, confiscó los bienes de los malversadores enriquecidos con el erario público y negocios sucios al amparo de los gobiernos anteriores, democratizó toda la vida sociopolítica del país y estableció la plena soberanía nacional. El poder revolucionario barió de los sindicatos a los enemigos al servicio de la tiranía y de los peores intereses antiobreros, lo que permitió a la Central de Trabajadores de Cuba reasumir su papel de representante de los trabajadores. De inmediato el Gobierno aprobó un conjunto de leyes que dieron respuesta a las más apremiantes necesidades económicas y sociales del pueblo, y comenzó una tenaz lucha contra la miseria, el desempleo, el analfabetismo, la insalubridad, la discriminación racial y de la mujer, la prostitución y demás lacras de la sociedad neocolonial. El 17 de mayo de 1959 se promulgó la Primera Ley de Reforma Agraria, la medida más importante y radical de la etapa, que eliminó la propiedad latifundista de Cuba, tanto de los monopolios extranjeros como de la oligarquía nacional. A los campesinos les fue entregada la propiedad de las parcelas de tierra que hasta ese momento cultivaban, y los grandes latifundios, donde laboraban miles de obreros agrícolas, se convirtieron en entidades estatales de producción agropecuaria.

Las profundas transformaciones políticas y socioeconómicas realizadas se llevaron a cabo en medio de la agudización extrema de la lucha de clases. El imperialismo yanqui, decidido a derrocar al Gobierno Revolucionario, pasó de las presiones diplomáticas y la feroz campaña anticomunista a las agresiones económicas y a estimular la salida del país de los técnicos y personal calificado. Como parte esencial de ese enfrentamiento procedió a la organización, dirección y equipamiento de la contrarrevolución interna y a la realización de sabotajes, asesinatos, conspiraciones y planes de atentados contra la vida de Fidel Castro y otros dirigentes políticos; creó decenas de grupos para la subversión interna, estableció bandas armadas en las zonas montañosas de todo el país, especial- mente en el Escambray, y preparó una invasión mercenaria.

Esta situación condujo a la rápida radicalización de la conciencia de las masas y del proceso revolucionario. El pueblo trabajador se moviliza para defender sus conquistas: conformó las milicias obreras y campesinas y organizó los Comités de Defensa de la Revolución (CDR), la Asociación de Jóvenes Rebeldes (AJR), la Federación de Mujeres Cubanas (FMC) y la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP). A cada agresión imperialista la Revolución respondió enérgicamente, y en medio de heroica lucha rebasó las tareas de la liberación nacional proclamadas en el Programa del Moncada, y siguió adelante bajo la consigna de Patria o Muerte, surgida a raíz del sabotaje al vapor La Coubre.

La Primera Declaración de La Habana, el 2 de septiembre de 1960, condenó la explotación del hombre por el hombre y fue un heraldo de las perspectivas socialistas.

Durante la segunda mitad de ese año fueron nacionalizadas las grandes compañías, la banca y demás empresas norteamericanas, los bancos extranjeros y cubanos y 382 grandes empresas del capital nacional. La Revolución comenzaba el período de construcción del socialismo, proclamado por el Comandante en Jefe Fidel Castro el 16 de abril de 1961, durante el entierro de las víctimas del ataque aéreo del día anterior, preludio del desembarco mercenario por Playa Girón. El pueblo, presto a luchar y a derramar su sangre por el socialismo, combatió con energía y en 65 horas liquidó la invasión mercenaria organizada, apoyada y financiada por el imperialismo yanqui, propiciando así su primera gran derrota militar en América. La victoria de Playa Girón decidió la presencia del socialismo en Cuba y demostró a los pueblos latinoamericanos la posibilidad real del triunfo frente a un enemigo tan poderoso.

Para aplastar a la Revolución, después del fracaso de Playa Girón, a Estados Unidos no le quedó otra opción que la agresión directa bajo cualquier pretexto. El Gobierno Revolucionario no vació en adoptar legítimas medidas de defensa contra las cuales el imperialismo norteamericano esgrimió la amenaza de exterr «nio nuclear y puso seriamente en peligro la paz mundial durante la llamada Crisis de Octubre de 1962. En tales circunstancias el pueblo cubano protagonizó un impecadero ejemplo de serenidad, decisión y valor acordes con su voluntad de lucha, tradiciones revolucionarias y moral combativa. Como parte de la solución de aquel conflicto, el gobierno estadounidense se vio obligado a contraer el compromiso de no invadir a Cuba. Aunque después de aquellos acontecimientos disminuyó la posibilidad inmediata de una invasión militar directa, Estados Unidos continuó su política hostil y agresiva contra la Revolución Cubana.

La promulgación de la Segunda Ley de Reforma Agraria, en octubre de 1963, liquidó virtualmente la propiedad y el régimen de explotación asalariada de la burguesía agraria, acerrma enemiga de la Revolución. El pueblo respondió con energía a la hostilidad de sus enemigos; los elementos contrarrevolucionarios y los agentes de la CIA infiltrados en el país fueron descubiertos y sancionados con rigor; en 1963 muchas organizaciones contrarrevolucionarias perdieron su beligerancia porque la acción de las masas populares les impidió subsistir; conjuntamente quedaron desarticuladas las bandas de alzados, cuyos últimos integrantes fueron capturados entre 1964 y 1965.

Al comenzar la construcción socialista, bajo el férreo bloqueo económico de Estados Unidos, el impulso inicial se dirigió, en lo esencial, a la defensa de la Patria y al desarrollo social. Una parte considerable de los recursos fue destinada a las esferas de la educación y la salud pública; en la economía, el esfuerzo principal se orientó a la reestructuración de la agricultura y de la producción azucarera, así como a la creación y desarrollo de la industria pesquera con el objetivo de incrementar los fondos exportables tradicionales y elevar los productos alimenticios destinados al consumo interno.

En la década del sesenta los fundamentales avances de la producción industrial se vincularon al aseguramiento de la producción agropecuaria. Ese proceso tuvo lugar a partir de una estructura económica deformada, heredada del período colonial y neocolonial y agravada por el éxodo a Estados Unidos de numerosos profesionales y personal calificado. La necesidad de defender la Revolución requirió que apreciables recursos creados por el pueblo, y muchos de los mejores cuadros, fueran destinados a esa tarea. Al propio tiempo, las zafras azucareras, principal renglón de la economía nacional, exigieron la movilización de cientos de miles de trabajadores hacia los cortes de caña, situación que limitó las posibilidades de desarrollo económico en esa primera década.

La unidad y decisión del pueblo cubano y la solidaridad de los países del mundo en general y de la comunidad socialista, especialmente de la Unión Soviética, con su contribución económica, política, militar y técnica, en particular, posibilitaron derrotar las agresiones practicadas o alentadas por Estados Unidos, enfrentar las consecuencias del bloqueo económico y crear las condiciones que han garantizado el continuo desarrollo del país y que el proceso cubano se convirtiera en un hecho social irreversible.

Desde los primeros instantes del triunfo revolucionario comenzó un proceso de integración, cooperación y consulta mutua entre el Movimiento Revolucionario 26 de Julio, el Partido Socialista Popular y el Directorio Revolucionario 13 de Marzo, principales fuerzas políticas participantes en la lucha contra la tiranía, las cuales a finales de 1961 se unieron para dar vida a las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI). En marzo de 1962, las ORI fueron organizadas mediante un proceso selectivo que incluyó la consulta democrática con las masas y culminó con la creación del Partido Unido de la Revolución Socialista de Cuba (PURSC) que, en octubre de 1965 adoptó el nombre de Partido Comunista de Cuba (PCC) y constituyó su Comité Central. Desde ese momento la Revolución Cubana contó con un instrumento político que en lo adelante garantizaría su continuidad histórica y la construcción del socialismo y del comunismo. Este proceso, que fue expresión del desarrollo de la conciencia político-ideológica de nuestro pueblo, constituye un valioso y peculiar aporte a las experiencias del movimiento obrero y comunista internacional.

La celebración del Primer Congreso del PCC, en diciembre de 1975, tuvo gran significación en todas las esferas de la vida nacional porque en él se analizó la obra de la Revolución, se definieron las tareas a desarrollar por el Partido, como fuerza rectora de la sociedad cubana, para la edificación del socialismo, y fueron aprobados el primer plan quinquenal, el cronograma para la aplicación de la nueva división político-administrativa y el proyecto de una nueva constitución de la República, sometido posteriormente a referéndum popular. El Congreso declaró la industrialización del país como tarea central para el desarrollo económico y acordó la implantación de un nuevo Sistema de Dirección y Planificación de la Economía con la finalidad de asegurar la utilización racional y eficiente de los recursos materiales, financieros y humanos.

En el Segundo Congreso del Partido, en 1980, se analizó el cumplimiento de las tareas aprobadas en el anterior y se alertó a todo el pueblo acerca del peligro que significaba el incremento de la política agresiva de la nueva administración estadounidense, representante de los círculos más conservadores y militaristas del imperialismo. A partir de entonces, el Partido formuló y desarrolló la doctrina militar cubana basada en la guerra de todo el pueblo, la cual combina formas clásicas y populares de lucha para garantizar que el país jamás sea convertido en una neocolonia gobernada por títeres; expresa la unidad política de nuestro pueblo y su determinación de vivir con la Revolución o morir en el empeño de defenderla; evidencia la confianza de las masas populares en sus propias fuerzas y refrenda el postulado de Fidel de que mientras exista un revolucionario, un patriota, un hombre o mujer dignos, la lucha no habrá terminado y será posible la victoria.

La Revolución Cubana, consecuenete con la tradición internacionalista del pueblo, con su profunda gratitud a la comunidad socialista y a la humanidad progresista por la solidaridad que le han brindado, y consciente de que todos los pueblos del mundo tienen un enemigo común, el imperialismo, defendiendo junto con la enseña patria las banderas del internacionalismo, expresión cimera de ese principio irrenunciable. Ejemplo de ello son las misiones internacionalistas cumplidas en la República Popular de Angola y en la República Popular Democrática de Etiopía, porque el sentimiento de solidaridad se ha convertido en parte de las convicciones morales de la sociedad cubana. El heroísmo desplegado por decenas de miles de trabajadores de las más diversas esferas en el cumplimiento de ese deber, en aras del cual muchos de ellos han ofrendado sus vidas, constituye un orgullo para la Revolución, eleva su prestigio y expresa los avances alcanzados en la formación de una elevada conciencia socialista. De igual forma, Cuba ha brindado colaboración económica, técnica y científica a diversos pueblos del mundo, en especial en las esferas de la salud, la educación y las construcciones.

El Tercer Congreso del Partido, efectuado en 1986, aprobó el Programa del Partido Comunista de Cuba después de un amplio debate en todas las instancias, instituciones y organizaciones de la nación. En él se definieron los objetivos y tareas para culminar la construcción del socialismo en el país, y su cumplimiento se ha convertido en bandera de trabajo, de combate y de victoria para todo nuestro pueblo, que marcha optimista y confiado por una senda justa y digna.